

ADEBATE ¿Debe cerrarse... la parroquia de San Carlos Borromeo?

En lo esencial, unidad

Me gustaría que el hombre quitara las rejas de la ventana para tocar las flores, pero prefiere no tocar las flores y quedarse encerrado en sus

razones pasajeras. Todos creen tener la razón pero entretanto queda herida la comunión evangélica. En el *affaire* humano, cuando no hay comunión con el grupo, se abre expediente y se le señala la puerta. No así en la Iglesia de Jesús que bebe agua de otro manantial.

“Padre, que ellos sean uno en nosotros como Tú y Yo somos uno, así creerán que yo soy tu enviado.” (Jn.17,20) Es verdad que el mensaje de Jesús lo vive, lo trasmite y lo celebra la comunidad, pero el ministerio impuesto por

Jesús, como parte esencial de la comunidad, es el que preside y garantiza que el mensaje que vive, trasmite y celebra la comunidad es el mensaje de Jesús y no otro.

En los primeros años del cristianismo tanto la comunidad de fieles como el ministerio, esencial a la comunidad, tenían su cometido y su lugar. La historia, la magnitud de la Iglesia y la catolicidad ha inclinado la balanza del lado del ministerio. La grandeza de la Iglesia de Jesús es la comunión entre sus miembros y el gran pecado la ruptura de esa comunión. “Éste es mi mandato: que os améis los unos a los otros como yo os he

amado”.(Jn 15,12) Hasta la penúltima palabra, todo diálogo es bueno, pero sabiendo que la rúbrica a la última palabra la tiene el obispo, por eso creo que han roto la comunión.

La aceptación humilde de la decisión final creo que tanto personal como para la Iglesia es mucho más venturosa que la rebelión. Yo tiré la piedra en una circunstancia parecida a ésta, recogí la piedra y la experiencia me dice que acerté.

Ha sido mal camino el que ateos declarados y enemigos de la Iglesia hayan ido a participar en una celebración cristiana; han ido para tocar el tambor y que el eco llegara a los medios de comunicación, pero se olvidan que el tambor mete ruido pero no tiene melodía. Tampoco se puede aprobar que hayan tocado las trompetas por el bien que se ha podido hacer en esa comunidad y menos que ese bien se ponga como argumento para defender otras realidades que no llevan demasiada verdad. “Que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha y el Padre que ve en lo escondido os lo premiará. (Mt. 15,12)

A raíz de estos hechos y de otros se quiere sembrar la existencia de dos Iglesias. No conozco más que la Iglesia de Jesús, apostólica, una y universal o católica. Es verdad que algunos enfatizan más la comunidad de fieles y otros, la mayoría, que ponen el peso de la balanza en la jerarquía ministerial. Dos visiones de la misma realidad y cuanto más se acerquen más luminosa será la Iglesia.

Decía san Agustín, en lo esencial unidad, en lo accidental libertad y en todo caridad. ●

“La aceptación humilde es mucho más venturosa que la rebelión”



Conrado Monreal, ss.cc.
Sacerdote de la Parroquia de los Sagrados Corazones de Madrid

De la misa a la mesa del Señor

Desde la experiencia compartida en estos años que llevo de cura en San Carlos Borromeo, y de manera muy especial en estos meses acompañados –no sólo por la comunidad parroquial– por multitud de grupos y comunidades creyentes, parroquias, curas, teólogos, puedo afirmar que no.

Porque cerrar un lugar donde personas se encuentran, reúnen y vinculan sólo estaría justificado en una situación de absoluta excepcionalidad. Esta excepción, en el caso de una comunidad de creyentes –y con las razones que arguye el Arzobispo de Madrid–, es mucho menos aplicable.

Porque somos una comunidad donde –a lo largo de estos años– las personas que nos hemos ido vinculando tenemos como centro de nuestra vida la opción por las personas que forman el mundo de la exclusión social. Efectivamente no hemos dedicado mucho tiempo a formular teorías o pensamiento teológico. Pero compromiso, militancia y posicionamiento junto a los pobres es el icono más característico de nuestra parroquia.

Porque somos una comunidad de creyentes. Ya lo anunciamos en aquella primera declaración del mes de marzo pasado: “Lo suyo, lo de **Jesús**, era la cercanía, la mezcla con la gente, la instintiva preferencia por quienes veía más débiles, caídos, excluidos o necesitados: publicanos, pecadores, prostitutas, extranjeros, etc.”. Nuestra comunidad vive entre dos pilares fundantes y fundamentales: la proclamación de la Fe y la lucha por

la Justicia. Siempre hemos intentado acercar el lenguaje y la expresión de quienes formamos la comunidad a lo que el Evangelio de Jesús nos ha ido proponiendo: de la misa a la mesa del Señor, de la cuadratura de la Asamblea, a la circularidad de los presentes; de la oblea al pan, del confesionario a la reconciliación entre hermanos... Todo desde esa invitación conciliar: “Predicar el Evangelio de Dios a todos, pero adaptado a las circunstancias concretas de la vida, según las diversas necesidades de los oyentes”.

Porque somos Iglesia y en cuanto tal, miembros del pueblo de Dios. Vivimos la experiencia de pertenencia a ese cuerpo como seguidores de quien es –o pretendemos en el acontecer diario que sea– el fundante y fundamental de nuestra Fe: Jesús el Cristo, Muerto y Resucitado. De ahí que nuestra pertenencia viva continuamente bajo ese juicio paterno-filial que nos anuncia el evangelio de Mateo: “37 Entonces los justos dirán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber? 38 ¿Cuándo te vimos forastero y te recibimos, o sin ropa y te vestimos? 39 ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte? 40 El Rey responderá: «En verdad les digo que, cuando lo hicisteis con alguno de los más pequeños de estos mis hermanos, me lo hicisteis a mí” (Mt. 25). •

“ Vivimos entre la proclamación de la Fe y la lucha por la Justicia



Javier Baeza Atienza,
Párroco de San
Carlos Borromeo